

Reseña

Silvia Federici (2004). Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria

Buenos Aires: Tinta Limón, 408 páginas ISBN: 978-987-25185-5-4

Karina Gabriela Ciolli*

CEIL CONICET

kariciolli@gmail.com

“Las nietas de las brujas que no pudieron quemar”

La obra *“Caliban y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria”* escrita y publicada por Silvia Federici en el año 2004, se constituye en una lectura urgente en un contexto en el cual el desesperado grito internacional de “Ni una menos” exige desentrañar las raíces históricas de las diversas y permanentes formas de violencia hacia la mujer. Escritora, militante feminista y docente universitaria, Federici elabora en este libro una reflexión profunda acerca de la relación entre género y clase, logrando indagar en los componentes de racismo, sexismo, esclavitud y violencia que entraña el desarrollo del capitalismo.

A partir de una intensa investigación histórica sustentada en el análisis de una gran variedad de fuentes, archivos e ilustraciones que abarcan desde el siglo XII hasta el siglo XVII, la autora encuentra en el silenciado pero masivo fenómeno de la “caza de brujas” –desarrollado en Europa entre los años 1580 y 1630– una de las iniciativas políticas más sofisticadas de la nueva clase propietaria en su lucha por la acumulación de saberes, cuerpos y capitales. Acumulación que exigió la derrota histórica tanto de Calibán (emblema de los movimientos

* Licenciada en Ciencias Antropológicas. Becaria doctoral CEIL-CONICET

rebeldes) como de las brujas (símbolo de las mujeres libres, pobres, herejes, curanderas y controladoras de la función reproductora).

El proceso de la llamada acumulación originaria analizado por Marx –que se constituye para la autora en el hilo rojo que une todas las exclusiones, saqueos y violencias hacia las clases “liberadas” de los medios de producción– es enriquecido a partir de los aportes del campo feminista y foucaultiano, campos con los que la autora dialoga pretendiendo mostrar que la acumulación originaria no es sólo acumulación de tierras, trabajadores y riquezas naturales, sino también el desarrollo de una nueva división sexual del trabajo, la construcción de un orden patriarcal y la mecanización y domesticación de los cuerpos de hombres y mujeres en función de la producción y reproducción capitalista.

Captura de cuerpos y saberes

A lo largo de cinco capítulos Federici aborda el proceso de acumulación a partir de un método dialéctico en el cual las luchas se constituyen como punto de partida. De esta manera, la autora se ubica en las perspectivas marxistas que intentan comprender el proceso de formación de las clases a partir de su historia de luchas, más que identificas a “las clases” como totalidades homogéneas verificables en la historia. Desde esta perspectiva analiza en el primer capítulo la potencia de los movimientos sociales –milenaristas y heréticos– y el rol activo de las mujeres en las iniciativas populares contra el poder feudal; en el segundo capítulo la lucha por la acumulación de tierras, riquezas y trabajadores y trabajadoras; en el tercer y cuarto capítulo la disputa encarnizada, violenta y sistemática de la alianza entre nobles, clérigos y burgueses contra los cuerpos rebeldes y las brujas; y, por último, en el quinto capítulo, la batalla material y moralizante por la extensión del dominio capitalista hacia diferentes territorios a través de la colonización y la cristianización.

En este recorrido el despliegue de usos, moralidades y valores vertidos hacia el cuerpo de las mujeres aparece como el elemento constante que expresa la condición necesaria para la acumulación de trabajo y para “*la transformación de la vida en capacidad para trabajar y en trabajo muerto*” (Federici, 2010: 31). Los cuerpos de las mujeres puestos al servicio de la reproducción biológica y del trabajo reproductivo cotidiano para garantizar las condiciones de vida de los trabajadores, fue un largo proceso de explotación y resistencia que implicó una fuerte batalla contra los saberes, las sociabilidades, las formas de vida de las mujeres y, fundamentalmente, contra su conocimiento y su propio manejo de

los métodos reproductivos. En este largo proceso, cada intento de liberación por parte de las mujeres derivó en reacciones misóginas cada vez más violentas, en las cuales no sólo participaron sectores de las clases propietarias, sino que se habilitaron las condiciones de posibilidad para la conformación de un sentido común ampliado.

Uno de los primeros antecedentes en la pérdida de autonomía de las mujeres aparece asociado a la privatización de las tierras y los campos comunales. El espacio de los campos comunes –entregados a las unidades familiares durante la época feudal– permitía el acceso directo a los medios de producción y reproducción, pero también se conformaba en un ámbito de sociabilidad y cooperación entre mujeres y de conformación de movimientos heréticos. Con el cercamiento de las tierras y el advenimiento de la monetarización, las mujeres de las áreas rurales fueron las más perjudicadas, al ver reducido su acceso a la propiedad y al ingreso.

De todas maneras, en la migración hacia las ciudades las mujeres encontraron la posibilidad de ejercer diversos oficios, desarrollándose como herreras, carniceras, panaderas, candeleras, sombrereras, cerveceras; y también maestras, doctoras y cirujanas. A su vez, la elevada posición social que comenzaron a desarrollar las mujeres se afirmó en el importante rol que cumplieron tanto en los movimientos sociales como en el control de la función reproductora. Sin embargo, tan pronto como el capital necesitó contar con grandes cantidades de fuerza de trabajo –que se había tornado escasa luego de la crisis demográfica y la escasez de trabajadores a finales del siglo XIV– el rol social y público de las mujeres comenzó a ser sistemáticamente atacado.

Los intentos de autonomía fueron combatidos de diversas formas. Acusadas de herejes por los conocimientos acerca de métodos de anticoncepción, fueron desplazadas del rol de parteras y reemplazadas por la figura del cirujano hombre. Por otro lado, sus cuerpos comenzaron a ser apropiados por el Estado naciente y utilizados como los nuevos bienes comunes de los varones asalariados –en recompensa a los bienes comunes perdidos durante el ocaso del feudalismo–. Es así como en el siglo XV las violaciones de mujeres pobres contaron con consentimiento estatal y se institucionalizó la prostitución, métodos aceptados por la alianza entre nobles y burgueses para contener la energía de la nueva y escasa juventud proletaria y distender el conflicto social, evitando turbulencias y ataques a los bienes privados de los “ricos”.

La conformación de un orden patriarcal masivo y legitimado terminó de delinearse con la devaluación del trabajo femenino y la separación entre la esfera

“productiva” –destinada a los varones proletarios– y la esfera doméstica –terreno destinado a las mujeres de la clase trabajadora–. Relegado a la esfera familiar, el trabajo doméstico no remunerado ni reconocido y legitimado por el modelo de feminidad en tanto portador de relaciones afectivo-familiares, se constituyó en una de las principales acumulaciones capitalistas en la reproducción de la fuerza de trabajo. Es así como Federici llega al concepto de “patriarcado del salario” para dar cuenta del sexismo que se promovió al interior de las clases trabajadoras con el objetivo de controlar no sólo a los trabajadores asalariados, sino también, a través de éstos, al trabajo no asalariado desarrollado por las mujeres.

Este largo proceso de imposición de un orden patriarcal y misógino contó con resistencias que pretendieron ser silenciadas, pero que fueron recuperadas por el movimiento feminista. Una de las principales contribuciones del libro gira en torno de la desmitificación que la autora realiza acerca del fenómeno de la caza de brujas. Las fuentes históricas revelan que la quema de brujas no fue una práctica únicamente desarrollada durante las “épocas oscuras” medievales, sino que se mantuvo y se extendió durante el Iluminismo a través de tribunales seculares o protestantes que acusaron de brujería a cientos mujeres –en la mayoría de los casos mujeres pobres acusadas por sus propios patrones–. Este hallazgo permite quitarle el carácter mágico e “irracional” a la práctica de la quema de brujas y colocarlo en el esquema de racionalidad instrumental implementado por el naciente capitalismo.

La matanza de cientos de miles de mujeres –acusadas de brujería, de llevar a cabo prácticas consideradas incompatibles con la disciplina del trabajo y de la reproducción social, de desafiar, a través de la magia popular, la racionalidad instrumental fundamental para la organización capitalista del trabajo y de la esfera privada– no fue un fenómeno más en la historia de la explotación capitalista, sino que fue, para la autora, una condición esencial no sólo para la producción, sostenimiento y reproducción de un sistema que tiene como objetivo principal la apropiación del trabajo ajeno, sino también para la acumulación de diferencias y divisiones al interior de la clase trabajadora.

Género y clase: ¿cómo pensar las relaciones de poder?

Así como Federici retoma pero también discute con el marxismo y con diversas posturas teóricas del feminismo, la obra recupera críticamente el aporte de Foucault. Como vimos, la principal contribución que se retoma de este autor está vinculada a la importancia de pensar a los cuerpos como terrenos de

explotación y resistencia. A partir de esta perspectiva, la autora plantea que el cuerpo es para las mujeres lo que la fábrica es para los trabajadores asalariados varones, dado que es capturado y apropiado por parte del Estado y del orden patriarcal para funcionar como medio de reproducción y acumulación de trabajo. A su vez, la autora plantea un abordaje crítico de la perspectiva foucaultiana, al manifestar que la obra del autor está más orientada hacia el análisis de las formas y técnicas a partir de las cuales se disemina el poder que en la búsqueda y el cuestionamiento de la fuente de las relaciones de poder. Crítica a la cual abonamos, dado que consideramos que el poder, lejos de ser una fuente motriz divina y omnipotente, parte de sujetos de carne y hueso y de relaciones que están insertas en la histórica lucha de clases.

Sin embargo, consideramos que en algunos pasajes de la obra la autora propone el mismo abordaje foucaultiano que critica. Fundamentalmente encontramos problemáticos los conceptos de “contrato social”, “contrato sexual” y “acuerdo entre trabajadores varones y patronos” que la autora plantea en diferentes momentos históricos en los cuales se intensificó el combate hacia las mujeres. La idea de contrato o alianza supone un acuerdo tácito y consciente entre clases sociales que, al igual que el concepto de “aristocracia obrera” desdibuja la lucha de clases a partir de la identificación dicotómica de víctimas y victimarios, “puros” y “cooptados”, que no hace más que fortalecer el sentido común construido por la burguesía. Esto no significa negar u ocultar las diversas fragmentaciones desarrolladas al interior de las clases explotadas, sino identificarlas, reconocerlas y analizarlas para ponerlas al servicio de una lucha no entre varones y mujeres sino entre la concepción del mundo que necesita el desarrollo del capital para seguir reproduciéndose y la concepción del mundo que es necesario construir para cuestionar y transformar las bases del capitalismo.

La perspectiva gramsciana del poder permite analizar las estrategias de las clases dominantes a partir de un permanente esfuerzo de construcción hegemónica en la cual la autoridad ética, moral y política se sostiene y consolida a partir de una distribución específica de poder, de jerarquía, influencia y subordinación de un grupo social sobre otro. Pensar al género desde esta concepción de poder, abarcando tanto la dimensión del poder económico, como la del poder político-cultural, a través de las distintas capas de intelectuales, que permiten *“adecuar la civilización y la moralidad de las masas populares más vastas a las necesidades del continuo*

*desarrollo del aparato económico de producción (...)*¹ (Gramsci, 1984: 100), contribuye a reconocer, como una tarea fundamental de los sectores explotados, la necesidad de construir marcos propios de referencias, de subjetividades que permitan abonar y sentar las bases de otro modelo económico, político y cultural.

Recuperar nuestros trabajos, nuestros cuerpos y nuestros saberes

Otro de los debates que nos interesa recuperar está relacionado al análisis de la relación dialéctica entre el aumento del desarrollo de las fuerzas productivas y la destrucción de la fuerza de trabajo. La autora considera que, teniendo en cuenta el grado de pauperización y de explotación que sufren los trabajadores y trabajadoras en el mundo entero, fue un error de Marx suponer que el aumento de las fuerzas productivas implicaría una mayor predisposición hacia la liberación de la clase.

Al tratarse de una relación dialéctica no creemos que éste haya sido el planteo de Marx, dado que en los *Manuscritos económico-filosóficos* se expone que cuanto más riqueza tenga la sociedad en términos de desarrollo de las fuerzas productivas, más penurias y pobreza cargan los obreros y obreras. La afirmación de que el desarrollo de las fuerzas productivas “libera” por sí solo a la clase trabajadora, es una reducción que no da cuenta del espiral dialéctico de afirmación, negación y negación de la negación presente en la relación trabajo/ capital. Este espiral histórico significó, en términos filosóficos, primero la unidad y reconocimiento de ambos en tanto exigencia y necesidad –la “libertad” del obrero fue fundamental para la acumulación de trabajo para el capital, y a su vez implicó la necesidad de la venta de la fuerza de trabajo al mercado–, en un segundo momento significó la negación de ambos –el reconocimiento de que uno, en tanto clase, implica la negación del otro, en tanto clase, y viceversa–. Y, por último, la negación de la negación como el reconocimiento de que el trabajo acumulado niega a las clases en tanto necesidad recíproca y supone la esterilidad del capital en el desarrollo actual de las formas productivas de la humanidad.

Nos preguntamos si no es posible pensar el desarrollo de las fuerzas productivas como la acumulación histórica de saberes, de esfuerzo y energía productiva y reproductiva masculina y femenina, de desgaste mental y corporal que fue

¹ Gramsci, Antonio (1984). Notas sobre Maquiavelo, sobre política y sobre el Estado Moderno, Ed. Nueva Visión

apropiado violentamente y que debe ser recuperado, que debe ser reapropiado a partir de proyectos superadores que tengan presente los diversos mecanismos de explotación y de marginación entre las clases desposeídas.

El desafío que nos propone la obra radica en la posibilidad de pensar al género como soporte específico de las relaciones de clase, por un lado; y, a su vez, pensar a la clase a partir de las múltiples fragmentaciones que la contienen. Tanto la valorización de la masculinidad como la desvalorización de la femineidad –que permanece como persecución de brujas, a través de los asesinatos diarios, del uso descartable de nuestros cuerpos, de la permanente estigmatización y de la devaluación del trabajo, del desarrollo intelectual y militante– son condición necesaria del sostenimiento de un sistema que no puede dar respuesta desde una perspectiva humana y, a su vez, limitan y condicionan las solidaridades de clase en la consecución de proyectos superadores.